

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Alvin M. Joseph, Jr: *The Indian Heritage of America*. Editor: Alfred A. Knopf. New York. 1968. XIII + 384 páginas con 60 ilustraciones y 11 mapas.

Esta obra, a más de presentar un esquema conciso y claro del aspecto cultural e histórico del indio de las Américas es además casi sin pretenderlo el Autor, un tratado completo y enjundioso de Arqueología del Continente.

Josephy comienza su libro con la tarea de reconstruir la cultura del indio, tal como fue o pudo ser antes de la llegada del hombre blanco. Examina, luego, con imparcialidad y ojo clínico el impacto producido en la cultura autóctona por la de los conquistadores europeos; pese al cual —como oportunamente anota el Autor— consiguieron los amerindios sacar a flote sus propios rasgos culturales, que la llamada civilización occidental debiera respetar y recoger como preciosa herencia.

Cuando el Autor, finalmente, trata de las principales culturas precolombinas del Continente, nos ofrece en el Capítulo 20 un resumen exhaustivo y actualizado de la arqueología ecuatoriana relacionándola con la del Continente. Partiendo del estudio de los artefactos líticos de El Inga con 10.000 años de antigüedad, pasa a presentar la cerámica altamente desarrollada de Valdivia, de caracteres transpacíficos, que desde hace 5.000 años es la decana y como la madre fecunda de las cerámicas más antiguas del Con-

tinente como Puerto Hormiga en la Costa Norte de Colombia, Guañape en la Costa Norte del Perú y Monagrillo en Panamá.

Analiza luego Josephy la cerámica de Machalilla que guarda notables afinidades con la encontrada recientemente en el Estado de Guerrero; la misma pudo desde hace 4.400 años ser la ancestral de la cerámica del Interior de México.

La cerámica Chorrera, concluye el Autor, guarda estrechas semejanzas con las fases de Ocós y Conchas de la Victoria, en la Costa Guatemalteca.

Resumiendo, el libro que publica Josephy tiene el mérito especial de que, si bien escrito por un aficionado a la Antropología y no por un profesional, se ajusta sin embargo a los más estrictos dictados modernos de la Antropología, en mérito a un largo y trabajoso análisis de la literatura publicada hasta la fecha y gracias a una afanosa consulta a los más destacados estudiosos de la Ciencia del Hombre. La imparcialidad y sano criterio que distinguen al Autor le permiten conservar la línea media —la de la verdad—, pese a las encontradas corrientes de las escuelas.

Gracias a Josephy se difunde siempre más en los medios científicos la teoría sostenida por Estrada, Meggers y Evans y comprobada por los recientes descubrimientos de eminentes Arqueólogos de que la cerámica ecuatoriana, la más antigua encontrada hasta la fecha en el Continente, fue como la fecunda matriz de las altas culturas cerámicas de América; las que, a su vez, con el devenir de los siglos, pudieron retornar llevadas por varias corrientes inmigratorias a su lugar de origen con las modificaciones de una lógica evolución.

Valdría la pena que alguien, previa la licencia del Autor, se tome el trabajo de traducir y publicar el Capítulo 20 de la Obra que comentamos, en beneficio de nuestros Compatriotas, escolares o no, muchos de ellos empeñados en sostener el ruinoso edificio de nuestra prehistoria con el auxilio de los puntales de absurdas leyendas que, a más de halagar nuestro orgullo nacional, no consiguen otro efecto que el de ofuscarnos e impedir así que marchemos al compás de la Ciencia en las labores de investigación.

Para terminar, nos complace recomendar la lectura de la obra que acabamos de reseñar no únicamente a los aficionados a la Antropología, sino también a los estudiosos, en la seguridad de que tanto los unos como los otros obtendrán provechosas enseñanzas.

P. PEDRO PORRAS GARCÉS.

Disselhoff, Hans Dietrich: Oasenstädte und Zaubersteine im Land der Inka. —Archäologische Forschungsreisen in Peru.— 4 reproducciones en colores, 62 fotos en blanco y negro, 28 dibujos, 4 mapas y un esquema cronológico, 220 páginas, Berlín 1968 (Safari-Verlag).

Como resultado de una estancia en el Perú en los años 1965 y 1966 Hans Dietrich Disselhoff, el ex-director del Museo Etnológico de Berlín, bajo el título "Ciudades en los oasis y piedras mágicas en el país de los Incas", igual que en dos ocasiones anteriores presenta un libro de tipo científico "popular" basado en "viajes de investigación arqueológica en el Perú", según reza el subtítulo. Si digo "Popular" me permito aludir con este término tal vez algo desgastado — a la feliz síntesis que logra el autor mezclando descripciones detalladas y resultados científicos con sus impresiones, experiencias e incluso aventuras personales, mezcla que, sin duda alguna, ejerce una fascinación extraordinaria sobre un público interesado, ansioso de saborear la atmósfera que rodea al arqueólogo en pleno trabajo de campo y lectores que se entusiasman por presenciar todas las etapas de sus descubrimientos, las ilusiones y desilusiones que le están acompañando.

El punto de partida de las investigaciones arqueológicas de Disselhoff a lo largo de dos años es la ciudad de Arequipa. El objetivo principal de las mismas consiste en contribuir al desentrañamiento de la prehistoria del sur del Perú. Le incumbe hacer un registro lo más completo posible de los petroglifos de esta región. Desde Arequipa, pues, seguimos las huellas de sus rutas.

Una de éstas lleva al valle del río Majes, donde en el sitio denominado Toro Muerto se dedica con los que le acompañan en dicha tarea a hacer un inventario del enorme grupo de figuras y escenas grabadas sobre piedras, entre ellas representaciones de serpientes, cuadrúpedos como jaguares y auquénidas, y, además aves, pero también seres humanos, bailarines con la cabeza disfrazada que, para quien redacta esta reseña, evocan las máscaras con que suelen presentarse los diablumas en las fiestas de San José y San Pedro en las provincias de la Sierra del norte del Ecuador. Una excavación emprendida con la finalidad de revelar el secreto de la ubicación temporal de los dibujos de Toro Muerto produjo como resultado positivo fragmentos cerámicos de tipo Huari con diseños parecidos a los grabados en los bloques de piedra. Posteriormente, después de un análisis de laboratorio, una fecha del carbono 14 confirmaba esta hipótesis cronológica, dejando pen-

d'ente, sin embargo, el problema de la ubicación temporal de las demás fases a las que parecen pertenecer los petroglifos de este conjunto.

En la región fronteriza peruano-chilena Disselhoff visita la cueva de Toquepala cerca de Tacna, conocida ya por las excavaciones que realizó allí Jorge Muelle. Las pinturas en color rojo en la misma así como los grabados sobre piedra en los alrededores, lo mismo que los que logró localizar en el valle de Locumba son objeto de su atención especial.

Viajes de "prospección" alternan con cortas campañas de excavaciones o cortes de sondaje como por ejemplo en la "Mesa de Betancourt" en el valle de Sihuas, antiguo refugio, al parecer, a partir del siglo IX con ocupación Huari y finalmente Inca siglos más tarde, u otros, realizadas en un cementerio en Chenchén a corta distancia de Moquegua que produjeron cerámica de tipo Tiahuanaco expansivo y también fragmentos de cerámica Pucara, hallazgos sensacionales por resultar la primera vez que se han encontrado fuera de la región del lago de Titicaca. Disselhoff los relaciona con la invasión de guerreros Aymará en el siglo IX, e igualmente interpreta los tradicionales viajes que suelen hacer los indios del altiplano a la costa sur aún hoy día como síntoma visible de costumbres muy antiguas.

Indicio de un intercambio entre los costeños y los habitantes de la sierra son también las ofrendas que Disselhoff encontró junto con las momias sacadas a luz en un sitio denominado por él "Cabezas Achatadas" en la Hacienda Huacapuy cerca de Camaná con lo cual alude a la deformación del cráneo observada en las mismas. Pero más que esta peculiaridad, llamaron la atención los tocados y las cintas con ricos bordados por cromos de tipo Nazca que llevaban los muertos como adorno. No menos sensacional resultó el hallazgo de una gran cantidad de piedras mágicas", o sea piedras planas, por lo regular colocadas por pares a la manera de un "sandwich" y, en su gran mayoría, decoradas con diseños geométricos. Piezas de este tipo las ha logrado reunir Disselhoff también de otros sitios del sur del Perú. Se ignora si existe una relación entre ellas y las momias de "Cabezas Achatadas" (fecha del carbono 14: 100 d. C.), lo mismo que resulta problemático explicar la presencia de portadores de cultura Nazca en un lugar tan alejado de los clásicos centros autóctonos.

La búsqueda por otros vestigios Nazca al norte de Camaná emprendida a continuación no fue coronada de éxito hasta llegar a Acarí. Fragmentos cerámicos de estilo Nazca puro los encontró

en gran cantidad en la Pampa de Nazca, donde María Reiche "una solitaria heroína de la ciencia", con inmensa energía y paciencia se dedica a medir e interpretar las líneas y figuras de dimensiones a veces gigantescas grabadas en la superficie del suelo.

La última parte del libro, los capítulos XIV y XV principalmente, está dedicada a la colaboración con el ingeniero Wolfgang Wurster, que después de haber formado parte de la misión arqueológica alemana en el Ecuador bajo la dirección del Dr. Udo Oberem, acompañó a Disselhoff en algunas de sus excavaciones, sobre todo las llevadas a cabo en Vicús, y que además participó en la segunda expedición oficial organizada por parte peruana en 1966 a fin de explorar el conjunto de las ruinas de Pajatén, objeto de hipótesis fabulosas hasta entonces.

Objetivo de predilección personal y término de los viajes arqueológicos de Disselhoff han sido los cementerios de Vicús y Yécala cerca de Piura. Había conseguido una autorización a sacar sustancias susceptibles para ser sometidas al análisis del carbono 14. Es emocionante leer cómo el ingeniero Wurster valiéndose de la técnica practicada por los huaqueros baja a las tumbas a más de ocho metros de profundidad para averiguar la construcción originaria de los pozos funerarios.

En resumen, después de haber acompañado al autor en sus recorridos por algunas regiones del país y la secuencia de culturas arqueológicas no se puede menos de felicitarle por la manera en que logra cautivar la atención del lector. Capta perfectamente el ambiente en que suelen realizarse las excavaciones, los aciertos y fallos del que los emprende, las creencias y supersticiones de los que le asisten en el trabajo. Censura con suma franqueza las prácticas de los huaqueros e incluso no retrocede, ante citar los nombres de los responsables. Si se me permite añadir también una observación negativa sería la de que choca a veces el tono personal y familiar que emplea el autor respecto a las personas con que tiene que tratar y trabajar y esto por lo que hace antipatías y simpatías. Mientras el uno es objeto de sus más acerbas críticas, el otro es colmado de elogios. No obstante, prescindiendo de esto, el gran mérito de este libro consiste en que equivale a un primer aviso de resultados científicos, cuya elaboración requerirá todavía algún tiempo. Encierra una gran cantidad de valiosas informaciones y datos, alguno que otro incluso añadido al pie, como por ejem-

plo: sobre la ubicación cronológica de las tumbas de Vicús a base de fechas del carbono 14, obtenidas poco antes de terminarse la impresión del libro.

Dra. ROSWITH HARTMANN.

Holm, Olaf: Ignacia, la Alfarera de Cerro Alto (Ecuador). Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas. Guayaquil-Ecuador, 1968. 44 pp. de separata.

El título, **Ignacia, la Alfarera de Cerro Alto**, más parece de novela y Olaf Holm no es novelista, ni siquiera biógrafo: él es un notable antropólogo y arqueólogo que ya tiene una larga serie de estudios en beneficio exclusivo del Ecuador.

Ignacia, la Alfarera de Cerro Alto, a decir verdad, sí es una biografía, pero no de esas que hacen los historiadores y los literatos, sino de las que hacen los científicos, mejor dicho los antropólogos, para retratar la vida de un conjunto humano en la fisonomía de una persona o una familia. De ahí que esa persona humilde, analfabeta y olvidada por los recursos de la cultura, sea una especie de prototipo para un estudio.

Ignacia Alejandra de Rodríguez carga sus 60 años en el recinto de Cerro Alto, a la orilla marítima de la Provincia del Guayas. Vive con su marido de 80 inviernos y un conjunto de hijos y nietos que, en total, suman 17 personas. Todos colaboran con ella, en su oficio heredado de alfarera que poco le rinde, pero que es parte de su existencia misma.

El antropólogo quiere saber su vida, no en la cronología de los biógrafos, sino en el hecho mismo de su existencia. Ella está a la orden con su casa, su familia y su industria. Y le pone a la vista de tan útil observador, la casa con sus utensilios, su modo de vivir cotidiano y lo que es más, su industria alfarera.

De esta manera Olaf Holm nos comunica: cómo se obtiene la arcilla y se la transporta; cómo se fabrican los objetos cerámicos; cómo se los pule y se los cuece en el horno, etc. Y allí la obra: utensilios tales como ollas y ollitas, cazuelas y cazuelitas, platos y jarritos, tazas y tacitas; juguetes también: figuras humanas, animales domésticos, aves y cuanto más puede interesar a los niños.

Naturalmente todo tiene que irse a los mercados y todo va a las ferias de los pueblos de la Península de Santa Elena, para convertirse en dinero y en cuanto hace falta diaria para el sostenimiento de la familia.

Este simpático y útil trabajo de un versado investigador de las condiciones humanas de sectores de nuestro pueblo, aborda conclusiones muy dignas de la cuenta y se ilustra con 30 fotografías que no son sólo del oficio de Ignacia, sino de la vida misma de esa familia alfarera, que es la vida también de otras tantas que viven en condiciones iguales o semejantes.

Bien se diría, parangonando a alguien, que **Ignacia, la Alfarera de Cerro Alto**, es una pequeña biografía de un apreciable contingente humano de la Costa del Ecuador.

DARIO GUEVARA.

MAROTZKE, Hans y MAROTZKE, Francisca Laborde de: Estudios Arqueológicos en la Sabana Grande de San Pedro de Guayaquil (Informe preliminar). Ed. en Offset Imprenta Yzquieta, enero de 1969. Guayaquil.

Este es un informe preliminar de las investigaciones que los autores están realizando en el sitio denominado Sabana Grande de San Pedro de Guayaquil, localizado cerca del cerro del Carmen en la Sabana Grande. El sitio cuenta con dos vías acuáticas, hacia el mar y río arriba, condición que fue sin duda una ventaja para su comunicación. La gran cantidad de cerámica diseminada en todo el sector hace suponer que fue un poblado grande y de notable importancia.

Se menciona el hallazgo de un enorme conchal con cerámica utilitaria y ornamental, fragmentos de vasijas, flautas, manos de moler, metates, e infinidad de caracolitos. Especial interés reviste el hallazgo de una plataforma alisada de bajareque, bajo la cual, en un lecho de cerámica roja fragmentada, yacían dos esqueletos enterrados en posición prenatal o flexionados, siendo ésta, al parecer la primera vez que se encuentra un entierro de esta naturaleza. Junto a los esqueletos se encontró un rico ajuar funerario, lo que hace pensar que se trata de dos personajes importantes. Uno de ellos consta de cientos de mullos o monedas de *Spondylus* dispersas, dando la impresión de que formaron parte

de un manto cuyo tejido se destruyó con el tiempo, y que pudo pertenecer a un Cacique o Sacerdote, ya que sólo los sacerdotes se ponían manto en sus grandes ritos.

Se encontraron también adornos y discos de valvas de Madre perla; varios objetos de concha, como anzuelos, adornos, mullos y monedas; fragmentos de cerámica bicolor, policroma, iridiscendente, etc., vasijas, platos, botellas, compoteras; infinidad de caracolitos, flautas y figurines del tipo Naupe, de la fase Tejar o Río Daule (500 a. C. — 500 d. C.), del período de Desarrollo Regional.

La tiestología, también de este mismo período, contiene ciertos elementos nuevos por lo que los autores consideran se debería denominar Fase Guayaquil, dentro de la de Tejar o Río Daule. También encontraron restos de la Cultura Chorrera.

Los hallazgos evidencian que la alimentación se basaba no sólo en los productos de caza y pesca, sino también en la agricultura.

El informe proporciona datos de interés; está ilustrado con varias fotografías, y cuenta con una amplia referencia bibliográfica. Es un importante trabajo realizado por los esposos Maratzke y esperamos con verdadero interés que al término de sus investigaciones nos den a conocer un informe detallado de las mismas que serán una contribución más para los estudios prehistóricos de la Costa Ecuatoriana.

ALICIA FREIRE V.

Pérez T., Aquiles R.: Los Puruhuayes. Tomo I.

Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1969. 492 pp.

El Prof. Aquiles R. Pérez T., autodidacta de encomiable presencia, empezó su carrera de letras como autor de textos de geografía patria y en un viraje de leal y positivo encuentro, se hizo presente con su jugoso y voluminoso libro de "Las Mitas en la Real Audiencia de Quito", libro que le consagró como investigador de nuestra historia en proyecciones sociológicas. Después, siguiendo ese imperativo de la investigación documentada, se dedicó al estudio etimológico y semántico (en parte), de topónimos y antropónimos de diversos sectores del país, embarcándose en una tarea de difíciles aciertos, dada la numerosa concurrencia de lenguas aborígenes que asoman en la entraña de esos nombres, mu-

chas de ellas muertas ya y que carecen de vocabularios legados a la historia y la filología de estos pueblos. Sin embargo, en esta tarea se aprecia un acopio de pruebas y otro de posibilidades que servirán mucho para estudios semejantes posteriores.

Este primer tomo de **Los Puruhuayes**, reúne ese triple dominio del Prof. Pérez: geografía, glotología e investigación histórica. En un marco físico que aproximadamente corresponde a la actual provincia del Chimborazo, recoge los elementos del **habitat puruhuaye**, y luego, apoyándose en documentos de la conquista y la dominación españolas, determina los pueblos que correspondieron a esa "genérica denominación", juntamente con las condiciones humanas y económicas que se derivaron hacia la vida actual.

La enumeración de pruebas puruhuayes va acumulando los topónimos y antropónimos, con rigurosa enumeración hasta la cifra de 3.902 nombres. Y previa la ubicación etimológica, Pérez entrega el siguiente cuadro de porcentajes de las lenguas indígenas que concurren a dichos nombres:

Colorado	16,2 %	Castellano	3,0 %
Cayapa	12,5 "	Jíbaro-Colorado	2,0 "
Páez	0,5 "	Jíbaro-Quichua	0,1 "
Atacameño	2,9 "	Jíb.-Col.-Quichua-Arau.	0,1 "
Jíbaro	16,2 "	Quichua-Jíbaro-Colorado	0,1 "
Mocóa	0,9 "	Quichua-Colorado	0,1 "
Aguaruna	0,4 "	Quichua-Atacameño	0,1 "
Quichua	29,0 "	Quichua-Araucano	3,7 "
Aymará	5,2 "	Aymará-Quichua	1,1 "
Araucano	4,6 "	Aymará-Araucano	0,3 "
Uro	0,4 "	Castellano-Quichua	0,1 "
Chimú	0,1 "		

Este cuadro glotológico se presta a numerosas consideraciones sobre el origen prehistórico de los Puruhuayes, y para reforzar cuanto quepa decir al respecto, en apoyo de las lenguas acuden la historia, la arqueología, la tradición y la antropología cultural en general. Empero, después de revelarse la mayor presencia del Quichua, el Prof. Pérez llega a fijar esas dos modalidades llamadas "Quichua Quiteño" y "Quichua Cuzqueño".

Los Puruhuayes del Prof. Aquiles R. Pérez T. es una auténtica Monografía Científica de positivo beneficio para el conocimiento del Ecuador Prehistórico que se hizo Historia y sigue vivien-

do en la Geografía y el legado humano. Sin duda, la continuación que nos ofrecerá el tomo siguiente, nos dará más luz en la magnitud de esta obra que merece nuestro mejor aplauso y nuestro beneplácito también.

DARIO GUEVARA

Revista del Folklore Ecuatoriano, N° 3.—Órgano del Instituto Ecuatoriano de Folklore. Quito, enero de 1969.

Con los materiales literarios y gráficos recogidos por Paulo de Carvalho-Neto, Director y fundador de esta revista, el doctor Alfredo Fuentes Rodán, ha editado este tercer número que recoge una serie interesante de estudios folklóricos del personal del Instituto. Entre ellos, es justo destacar el correspondiente a la señora Cristina de Houser, con la colaboración de Napoléon Cisneros, Jeanette Hart, Roberto Houser y Vicente Mena, sobre la "Fiesta de Reyes en Quisapincha", porque —aparte del estudio informativo, sus dibujos y fotografías—, se complementa con las transcripciones del Auto de los Reyes Magos, llamado llanamente la "Historia de los Reyes", por los campesinos de esa jurisdicción parroquial del cantón Ambato en la provincia del Tungurahua. Ese texto ha sido grabado totalmente en sus tres actos, en verso, y publicado por primera vez de entre los diversos autos del mismo tema que están difundidos en pueblos y caseríos de la mencionada provincia.

Otro trabajo de especial mención es el de la señora Elvia de Tejada con la colaboración de Cristina de Houser, Vicente Mena, Roberto Houser, Inés Jijón y Oswaldo Viteri, sobre el "Carnaval de Guaranda" que tanta fama y colorido tiene en el costumbrismo tradicional del país. Se trata de un trabajo de información directa, no sólo en Guaranda, sino en toda la provincia de Bolívar, en donde se ha recogido un abundante repertorio de cantares de ocasión y la música misma que juega con ese coplario y que es única en todo el territorio nacional.

Pero esto de destacar la importancia de dos empresas folklóricas del Instituto Ecuatoriano de Folklore, no resta mérito a los otros estudios publicados en este número de la Revista: "Algunos aspectos de Medicina Popular en la Calera", por Vicente Mena P.; "Octava de Corpus en Quisapincha", por Napoléon Cisneros C.; "Finados en Calderón", por Alfredo Fuentes R.; "Día de Difun-

tos en Uyumbicho", por Julio Arosemena M.; "Onomásticos de Transportes", por Mercedes Montero y Vicente Mena; y, "Enmascarados en la Hacienda San Galo", por Paulo de Carvalho-Neto.

En breve información adjunta se da noticia de la fundación del Instituto Azuayo de Folklore y del Instituto de Folklore de Cotopaxi, así como de la tercera reunión de folkloristas ecuatorianos, llevada a cabo en Cuenca, y de la cuarta que tuvo efecto en Quito, en noviembre de 1967.

DARIO GUEVARA.

Revista del Instituto Azuayo de Folklore, N^o 1.—Cuenca, enero de 1968.

Este primer número de la *Revista del Instituto Azuayo de Folklore*, editado por el Director Ejecutivo doctor Carlos Ramírez Salcedo, es una revelación de las buenas bases científicas de sus colaboradores, indudablemente bajo la dirección técnica de Paulo de Carvalho-Neto. No otra cosa se puede decir después de examinar los estudios publicados en más de doscientas páginas, debidamente ilustradas con dibujos y fotografías, y desarrollados con legítimo método folklórico.

El mismo Carvalho-Neto inicia la serie con su trabajo sobre "El Septenario", una fiesta tradicional de la ciudad de Cuenca y que es "auspiciada por la Iglesia los siete días después de Corpus", con el objeto de "rendir culto al Santísimo Sacramento".

En este trabajo se anota la colaboración de varios miembros del Instituto de Cuenca y del Instituto de Quito, al igual que en la "Octava de Corpus en Turi" por Manuel A. Landívar U., la "Fiesta de San Miguel en Lacshum" por Oswaldo Viteri, "Un día de la Fiesta del Patrón Santiago, en Gualaceo", por Carlos Ramírez Salcedo, etc. Todos estos frutos de la investigación directa del trabajo en equipos, se ilustran con gráficos, música y literatura usual en los medios de la tradición popular.

A los artículos mencionados se agregan: "La Leyenda de Mama Huaca", relatada por Eulalia Ramírez Salcedo; el texto de los Estatutos del Instituto Azuayo de Folklore, una nota sobre la tercera reunión anual de folkloristas y los discursos pronunciados en esta reunión por Carlos Ramírez Salcedo y Oswaldo Viteri, en su calidad de directivos.

DARIO GUEVARA.

Vela, David: *Plástica Maya. Guía para una apreciación.* Tipografía Nacional. Guatemala, 1967, 510 pp. y numerosas ilustraciones.

Esta es la publicación N° 22 del Seminario de Integración social Guatemalteca. Según se afirma en nota preliminar, cumple ventajosamente "una de las condiciones básicas de la integración social" mediante "el conocimiento extenso de la cultura indígena". Empero, nosotros creemos, además, que el estudio en cuestión es una de las muy buenas contribuciones al conocimiento de esa gran civilización indígena que enorgullece a toda la América India.

Aparte de la introducción que traza la fisonomía global de la Plástica Maya, el tratado se ordena en cuatro partes fundamentales: la Arquitectura, la Escultura, la Pintura y la Ornamentación. Cada una se ilustra profusamente con dibujos y fotografías, de tal manera que las pruebas del arte Maya se ponen a la vista con la luz de la crítica y de la técnica.

En la introducción se afirma que la Plástica Maya estuvo al servicio de la comunidad y hoy es un documento muy útil para reconstruir la vida de ese gran pueblo que alcanzó la más alta cultura antes del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. En la misma se destaca la homogeneidad de ese arte que rebasa las áreas étnica y geográfica, "debido al desbordante imperio cultural". Además su riqueza expresada en simbolismo y estetismo, asegura legítimamente una virtuosa edad de oro que pasó.

En el plano de la Arquitectura, David Vela destaca el Universo como "primera construcción Maya", porque, en verdad, los Mayas comenzaron "por estructurar en forma portentosa el universo, a favor del extraordinario desarrollo de su astronomía y sus ciencias matemáticas. Sigue luego la arquitectura en piedra que según Morley "es tan característica como la griega, romana o gótica", porque "tiene sus propias leyes, sus propias normas de construcción, y sus variaciones locales", como es notorio en palacios, templos y pirámides.

En cuanto a la Escultura, su primitivo puesto tiene el modelado de arcilla, del "ocio artístico y oficio de alfareros". Pero en excavaciones de tumbas se han encontrado esculturas en madera y piedra, cuyas calidades revelan una perfecta técnica y el dominio artístico de las manos autoras, tanto en las proporciones y ejecuciones como el interés colectivo y el servicio religioso.

En relación con la Pintura se advierte que los Mayas no alcanzaron "el mismo magistral dominio que se advierte en su arquitectura y en sus esculturas", sin por ello dejar de reconocerse el sello de originalidad y valía de gran significación, pese a la destrucción de obras pictóricas por los fanáticos evangelizadores de la conquista y la dominación españolas. Las pruebas están presentes en utensilios cerámicos, en frontales de templos, en murales y códices. Es patética la "pintura vitalista" en Chichén-Itzá.

La ornamentación es el corolario de las artes anteriores. En ella es claro el "sentimiento de la naturaleza", por la concurrencia de toda una "fauna artística", en la que predominan serpientes, jaguares, monos, peces, venados y otros animales concebidos en alegorías simbólicas, estilizadas y míticas.

En suma, **Plástica Maya** es la revelación de la fase más noble de esa gran civilización de Mesoamérica, que tuvo proyecciones hacia todo el continente americano.

DARIO GUEVARA.

